

El academicismo de Dobal

Rafael Emilio Yunén Zouain

Casi todas las universidades del mundo acostumbran celebrar su fecha de fundación. Sin embargo, en el caso de nuestra Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, no solamente conmemoramos el 9 de septiembre como el día de su creación institucional, sino que también recordamos de manera especial la fecha exacta en que ocurrió el primer día de clases: el 15 de noviembre de 1962.

Quizás estas celebraciones de dos fechas distintas fueron motivadas precisamente para que reflexionáramos en dos elementos fundamentales de la vida universitaria: (a) ¿Somos realmente una Universidad?, y; (b) ¿Trabajamos realmente como una Universidad?

Hoy nos toca conmemorar el 15 de noviembre como la fiesta del trabajo y del trabajador universitario. Celebrar el primer día de clases universitarias es la fecha que más tiene que ver con la relación que existe entre alumnos y maestros. Es la celebración de lo que monseñor Agripino Núñez Collado tantas veces nos repite como *“la razón de ser de la Universidad: los estudiantes y quienes se relacionan directamente con ellos”*. Por eso, el 15 de noviembre nos recuerda el

* Palabras pronunciadas en el inicio de clases de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM) y de la inauguración de la “Cátedra Dr. Carlos Dobal de Historia de la Cultura”, en Santiago, República Dominicana, el día 15 de noviembre de 1999.

** Profesor e investigador universitario de la PUCMM y miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia.



compromiso de nuestros fundadores y rectores que pensaron no solamente en crear una institución académica que funcionara administrativamente como tal, sino que, sobre todo, dicha institución pudiera desarrollar una verdadera labor en las aulas y en su sociedad a partir del trabajo integrador de su comunidad de profesores.

Hace más de treinta y siete años, antes de que ocurriera el primer día de clases, fue menester reunir un grupo de profesores dispuestos a responsabilizarse del trabajo académico. En otras palabras, sin profesores comprometidos no podía crearse la Universidad ni mucho menos mantenerse como tal en el futuro. Eso quedó demostrado posteriormente, a medida que se iban integrando los primeros docentes de dedicación exclusiva y consagrada a la Madre y Maestra de Santiago.

Entre esos consagrados de cuerpo y alma a nuestra Institución sobresalió notablemente Carlos Máximo Dobal Marques, cuya fecunda labor pedagógica se ha seguido extendiendo eficazmente hasta nuestros días. Precisamente por esta razón, el mejor motivo para celebrar este 15 de noviembre ha sido la conjugación de la conmemoración del primer día de clases, junto con la instalación de la *Cátedra Dr. Carlos Dobal de Historia de la Cultura*.

En Carlos Dobal encontramos la figura del verdadero catedrático que vibra en las aulas y que se entrega plenamente a la docencia creativa. Formado en la más fina tradición hispanista-americana, Dobal ha practicado aquel principio que Unamuno acuñó con su trabajo: *“Me propongo agitar e inquietar a la gente. No vendo pan, sino la levadura”*. Así, sus clases y exposiciones siempre han sido espectaculares, teatrales, llenas de dramatismo didáctico que logra impactar de una manera especial y que provoca una atención constante a sus expresiones, sus gestos, sus preguntas incesantes, sus dibujos en la pizarra, sus ocurrencias frente a las diapositivas y



sus disparos a las conciencias, al intelecto y a la sensibilidad de sus alumnos.

Uno de los mayores aciertos de la Universidad fue lograr la inserción de Dobal en todos los niveles programáticos: desde el ciclo básico hasta los semestres finales. Dobal nunca rehusó esta exigente dedicación docente. Más bien se la impuso y, con su ejemplo, arrastró a muchos a imitarle. Cada una de sus cátedras era una fuente de conocimientos e ideas polémicas, pero también fueron y siguen siendo excelentes modelos de didáctica de las Ciencias Sociales. De manera particular, muchos estudiantes de Educación aprendimos nuevos contenidos, pero también comprendimos cómo enseñar esos contenidos. Realmente, con Dobal, aprendimos a aprender y a enseñar.

Este pedagogo innato, inquisidor, mordaz, cuestionador, crítico, y demandante, también es el maestro capaz de expresar sus emociones y respetar las concepciones y actitudes de los estudiantes que se alejan de la mediocridad. Abierto, optimista, con fino humor, Dobal sentó cátedras entre nosotros, sin que para ello tuviera que recurrir a la burla, la amenaza, y las insinuaciones innecesarias que algunos docentes utilizan con la vana ilusión de ser recordados de alguna manera.

Evitando el ausentismo y el relativismo, tan comunes en estos momentos, Dobal optó por practicar rigurosamente todos los aspectos de la vida académica: en el debate público; en las actividades de extensión cultural; en las inagotables sesiones bibliotecarias de lectura e investigación; en la búsqueda de la documentación precisa sumergiéndose en archivos y depósitos; en la apreciación del arte sin dejar de vincularlo con otras manifestaciones sociales y culturales; en el desafío de la propia historia y; hasta en la creación poética, literaria y artística.



¿Cómo olvidar aquellos semestres de Historia de la Cultura Occidental en los que entrábamos a Europa por el Mediterráneo desde Estambul hasta Algeciras? Las tareas que asignaba servían para complementar la formación de los estudiantes con temas que no se podían tratar en clases porque el tiempo no lo permitía. A los estudiantes de Derecho y Educación, Carlos Dobal los acompañó por diversos rincones y avenidas intelectuales, desde la Historia de las Ideas Políticas, hasta la Historia del Arte.

Cualquiera de los compañeros que nos graduamos de los programas de licenciatura más largos jamás vistos, más de diez semestres con tesis de grado, recibimos un promedio de seis cursos distintos con Carlos Dobal Y les puedo asegurar, como testimonio de alumno, que ninguna asignatura fue igual, aunque a veces los contenidos se parecían.

Así admiramos y siempre admiraremos a este Maestro de maestros; Profesor de profesores; hombre fiel a sus amigos y a sus principios; conservador, pero con atrevimiento sano; polémico, pero coherente con sus ideas; y nunca, óigase bien, nunca capaz de expresar una mentira o de negar un hecho que para él fuese verdadero.

Referirnos a Carlos Dobal es simbolizar una personalidad llena de ocurrencias inimaginables, de sonrisa clara, de optimismo realista, de humor cubano, de chispa académica. Es encontramos con un profesor de talento y talante, lección bien aprendida de los jesuitas habaneros quienes no solamente exigían una sólida preparación, sino que dicha preparación se demostrara con elegancia y dignidad.

Esta tarde en la que recordamos aquellas primeras clases de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, debemos agradecer a Dios por habernos regalado la presencia de Carlos Dobal entre nosotros desde esos mismos primeros días.



Agradecemos también a Eliana Fernández de Dobal por haberle acompañado en todos los momentos cotidianos, así como en aquellos acontecimientos triunfales y cruciales que ha compartido con comprensión, paciencia y dedicación para su alma y corazón.

Hoy y siempre recordaremos las discusiones en el Consejo Académico y en el Claustro de Profesores, las tertulias en su cubículo y en sus diversas oficinas que olían a sacristía, llenas de cuadros y santos de palos, repletas de libros y mapas sobre mesas enormes donde aparecía un nuevo proyecto, o una publicación en hojas de prueba antes de que saliera al público.

Santiago se ha nutrido con su presencia y ha recibido su amor en los trabajos que Dobal le ha dedicado, desde Jacagua hasta la Catedral. Sus investigaciones documentales sobre arte popular, arte culto, artesanía, tradiciones; sus pesquisas personales en academias y museos; sus grandes inquietudes intelectuales, en fin, toda su obra, se volcó hacia el Cibao y desde una perspectiva universitaria lo proyectó al resto del país y al exterior. Por eso hoy también podemos decir que somos más santiagueros y más cibaños gracias a la obra que Carlos Dobal logró insertar a nivel nacional sin tener que irse de Santiago para lograrlo.

¿Cómo no homenajear en este día de júbilo académico a este gran santiaguero, dominicano y cubano que nos ha dado tanto? Sé, que para Carlos Dobal, aunque ha recibido muchas otras distinciones en su vida, no habrá mejor reconocimiento que éste que le rendirá hoy su propia Universidad. Una Universidad que empezó su primer día de clases esperando la llegada de catedráticos que vinieran a compartir y a hacer una vida académica honesta, seria, responsable y digna. Eso lo logró Carlos Dobal desde el primer día y por eso hoy, solamente su presencia en el campus, nos hace sentir que



estamos en una Universidad que se enorgullece de su propia historia.

Esperamos que este acto motive el fortalecimiento de las verdaderas bases del trabajo académico fundamentado en la docencia creativa, en la investigación relevante y en el trabajo comunitario, actividades que sólo pueden ser efectivas si se cuenta con una masa crítica de profesores universitarios bien estimulados para que dediquen, como Carlos Dobal, la mayor cantidad de tiempo posible al mejoramiento de la educación superior en la República Dominicana.

Iniciemos pues este Solemne Acto con la poesía de Unamuno que, precisamente, refleja los valores que el Dr. Carlos Dobal ha practicado en su labor docente.

*“Predicar en desierto,
sermón perdido!
No, que nada se pierde,
todo se gana!*

*No hay palabra de amor
que no se encienda.*

*La voz del corazón
abre al desierto
misteriosos oídos”.*

